

los ingleses, arrojó al aire por tres veces su lanza y su espada, volviendo á cogerlas siempre por el puño; y los pesados infantes de Haroldo, que no sabían más que partir á hachazos las armaduras, «se maravillaban, diciendo el uno al otro que aquello era cosa de encantamento». En cuanto á Guillermo, entre una porción de acciones prudentes ó ladinas, hizo dos buenos cálculos que en aquel gran aprieto le sacaron de apuros. Mandó á sus arqueros que tirasen al aire; sus flechas hirieron en la cara á muchos sajones, y saltaron un ojo á Haroldo. En esto fingió huir; los sajones, ebrios de júbilo y de ira, abandonaron las trincheras y se entregaron á las lanzas de sus caballeros. Durante el resto de la guerra, no supieron más que salir en pequeñas partidas, combatir furiosamente y dejarse matar. La raza fuerte, fogosa y brutal, se precipita sobre el enemigo á la manera de un toro bravo; los hábiles cazadores de Normandía la hieren con destreza, la derriban y la ponen el yugo.

## III

¿Qué es, pues, esa raza francesa que, con las armas y las letras, hace tan brillante entrada en el mundo, y va á dominar de un modo tan visible que, en Oriente, v. gr., se dará su nombre de francos á todos los pueblos de Occidente? ¿En qué consiste ese nuevo espíritu, inventor precoz, obrero de toda la civilización de la Edad Media? Hay en cada espíritu una acción elemental que, incesantemente repetida, compone su trama y le da su sello: en la ciudad ó en los campos,

culto ó inculto, niño ó viejo, pasa su vida y emplea su fuerza *en concebir un hecho ó un objeto*; he ahí su paso original y perpetuo, y por más que cambie de terreno, por más que retroceda, avance, prolongue y varíe su curso, todo su movimiento se reduce á una serie de pasos así, enlazados unos con otros; de suerte que la menor alteración en la magnitud, la prontitud ó la seguridad del que dió primitivamente, transforma y rige toda la carrera, como la estructura del primer botón de un árbol dispone todo el follaje y gobierna toda la vegetación (1). Cuando el francés concibe un hecho ó un objeto, le concibe pronto y *distintamente*; nada de alteraciones interiores, nada de fermentaciones previas, de ideas violentas y confusas que, concentradas y elaboradas al fin, hacen explosión en un grito. Los movimientos de su inteligencia son diestros y prontos como los de sus miembros; á la primera vez, y sin esfuerzo, pone mano en su idea. Pero no pone mano más que en ella; deja á un lado todas las profundas prolongaciones enmarañadas mediante las cuales penetra y se ramifica en sus afines; no se preocupa de ellas: desgaja, coge, desflora, y nada más. Está privado, ó, si se quiere, está exento de esas semivisiones repentinas que, sacudiendo al hombre, le abren en un momento las grandes profundidades y las perspectivas lejanas. La conmoción interior es la que suscita las imágenes; por falta de ella, no imagina. No se impresiona más que á raíz de la piel; le falta la gran simpatía; no ve el objeto tal y como es, complejo y de una ojeada, sino por partes, con un conocimiento discursivo y superficial. Por eso ninguna raza de Europa es

(1) Esta idea de los tipos se aplica á toda la naturaleza física y moral.



menos poética. Mirad sus epopeyas naciendo; nunca se vieron más prosaicas. Y por número no queda: la canción de Roldán, Garín, Ogier el Danés, Berta la del pie grande; hay toda una biblioteca. Más aún: entonces las costumbres son heroicas y las almas poseen toda su frescura; tienen inventiva, cuentan sucesos grandiosos, y, no obstante, sus narraciones son tan descoloridas como las de los gárrulos cronistas normandos. Cuando Homero cuenta, no hay duda de que es tan claro como ellos y explana como ellos; pero los magníficos nombres de la Aurora de rosados dedos, del Aire de amplio seno, de la Tierra divina y sustentadora, del Océano que estremece la tierra, vienen a ostentar á cada instante su floración purpúrea en medio de los discursos y de las batallas, y las grandes comparaciones que suspenden la narración anuncian un pueblo más propenso á gozar de la belleza que á ir derecho al grano. Aquí hechos, y nada más que hechos; el francés quiere saber si el héroe matará al traidor, si el amante se casará con la joven; no le detengáis con poesías ni pinturas. Se va al desenlace en derecha, sin entretenerse en los ensueños del corazón ni ante las riquezas del paisaje. No busquéis esplendor ni color en su relato; el estilo es completamente desnudo, desprovisto de figuras: se pueden leer diez mil versos de esos antiguos poemas sin encontrar una sola. ¿Queréis abrir el más antiguo, original y elocuente, por el pasaje más conmovedor: la canción de Roldán en el momento en que muere Roldán?—El narrador está conmovido, y, á pesar de todo, sigue hablando con la misma lisura, sin acento. ¡Tan dotados se hallan del genio de la prosa, y tan huérfanos del genio de la poesía! Expone un resumen de motivos, el sumario de los sucesos, la serie de las razones aflictivas y

la serie de las razones consoladoras (1). Nada más. Esos hombres ven la cosa ó la acción en sí misma, y á esa vista se atienen. La idea conserva su exactitud, precisión y sencillez sin despertar ninguna imagen congénere para confundirse con ella, colorearse y transformarse: permanece seca. Conciben una á una

(1) Co sent Rollans que la mort le trespent,  
Devers la teste sur le quer li descent;  
Desuz un pin i est alet curant,  
Sur l'erbe verte si est culchet adenz;  
Desuz lui met l'espée et l'olifan;  
Turnat sa teste vers la païene gent;  
Pour ço l'at fait que il voelt veirement  
Que Carles diet e trestute sa gent,  
Li gentilz quens, qu'il fut mort cunquérant.  
Cleimet sa culpe, e menut e suvent,  
Pur ses pecchez en puroffrid lo guant.

Li quens Rollans se jut desuz un pin,  
Envers Espagne en ad turnet sun vis,  
De plusurs choses a remembrer le prist.  
De tantes terres cume li bers cunquist,  
De dulce France, des humes de sun lign,  
De Carlemagne sun seignor ki l'nurrit.  
Ne poet muer n'en plurt et ne susprit.  
Mais lui meisme ne volt mettre en ubli:  
Cleimet sa culpe, si priet Dieu mercit:  
«Veire paterne, ki unques ne mentis,  
Seint Lazaron de mort resurrexis,  
Et Daniel des lions guaresis,  
Guaris de mei l' anme de tuz perilz,  
Pur les pecchez que en ma vie fis.»  
Sun destre quant à Deu en puroffrit.  
Seint Gabriel de sa main l'ad pris.  
Desur sun bras teneit le chef enclin,  
Juntas ses mains est alet à sa fin.  
Deus i tramist sun angle cherubin.  
Et Seint Michel qu'on cleimet del péril  
Ensemble ad els seint Gabriel i vint,  
L'anme del cunte portent en pareis.

(*Chanson de Roland*, ed. Génin.)



las partes del objeto, sin abarcarlas, como los sajones, en una brusca semivisión apasionada y luminosa. Nada más opuesto á su genio que los verdaderos cantos y los himnos profundos, tales como los cantan aún los monjes ingleses dentro de las bajas bóvedas de sus iglesias. Los desconcertarían las brusquedades y la oscuridad de aquel lenguaje. No son capaces de tales accesos de entusiasmo ni de tales excesos de emociones. No gritan nunca; hablan, y hablan familiarmente, aun en los momentos en que el alma, trastornada por la fuerza de las impresiones, debería cesar de pensar y de sentir. Así, en un misterio, Amis, que es un leproso, pide tranquilamente á su amigo Amille que mate á sus dos hijos para curarle de la lepra, y Amille responde más tranquilamente aún (1). Si alguna vez tratan de cantar, así fuese en el cielo, á invitación de Dios, «un rondel haut et clair», expondrán razonamientos rimados tan descoloridos como la más descolorida de las conversaciones (2). Extremad esta literatura

(1) Mon très chier ami débonnaire,  
 Vous m'avez une chose ditte  
 Qui n'est pas á faire petite,  
 Mais que l'on doit moult resongnier.  
 Et non pourquant. sanz eslongier.  
 Puisque garison autrement  
 Ne povez avoir vraiment,  
 Pour vostre amour les occiray,  
 Et le sang vous apporteray.

(2) Vraiz Diex, moult est excellente,  
 Et de gran charité plaine,  
 Vostre bonté souveraine.  
 Car vostre grâce présente,  
 A toute personne humaine.  
 Vraiz Diex, moult es excellente,  
 Puisqu'elle a cuer et entente,  
 Et que á ce désir l'amaine  
 Que de vous servir se paine.

hasta lo último, miradla, como la de los eskaldas, en el momento de la decadencia, cuando sus vicios, exagerados como los de los eskaldas, manifiestan con acentuado relieve el género de espíritu que la produce. Los eskaldas caían en la jerga; ella degenera en charlatanería y trivialidad. El sajón no domina su anhelo de exaltaciones; el francés no contiene la volubilidad de su lengua. Es demasiado lato y demasiado claro, como el sajón es demasiado oscuro y demasiado breve. El uno se agitaba y transportaba con exceso; el otro explica y amplifica sin tasa. Ya en el siglo XII las canciones de gesta diluidas rebosan en rapsodias y salmodias de treinta á cuarenta mil versos. Allí entra la teología; la poesía se convierte en una letanía interminable é intolerable, donde las ideas, explicadas, desenvueltas y repetidas hasta la saciedad, sin un arranque de sentimiento ni un acento de invención, fluyen á modo de agua clara é insípida, y arrullan con sus rimas monótonas al lector edificado y adormecido. Deplorable abundancia de las ideas definidas y fáciles reapareció durante el siglo XVII, en la cotorrería literaria que circulaba por debajo de los grandes hombres; es el efecto y el talento de la raza. Con ese arte involuntario de percibir y aislar de golpe y claramente cada parte de cada objeto, se puede hablar siempre, aun sin sustancia.

He ahí el paso primitivo. ¿Cómo enlaza con el siguiente? Aquí aparece un nuevo carácter del espíritu francés, el más precioso de todos. Para que él comprenda, es menester que la segunda idea sea *contigua á la primera*; si no, se desorienta y se detiene. No sabe saltar irregularmente; no marcha más que paso á paso, por un camino recto; el orden es innato en él; sin estudio y de primera intención, descompone el ob-



¡eto ó el hecho, por complicado, por embrollado que sea, y pone las piezas unas á continuación de otras, en fila, según sus conexiones naturales. Aunque bárbaro aún, su inteligencia es una razón que se despliega inconscientemente. Nada más claro que el estilo de sus antiguos cuentos y de sus primeros poemas: no se da uno cuenta de que sigue el narrador: tan desembarazada es su marcha, tan llano es el camino que abre, tan suave é insensiblemente se desliza de una idea á la inmediata. Por eso cuenta tan bien. Los cronistas, Villehardouin, Joinville, Froissart, inventores de la prosa, poseen una desenvoltura y una claridad á que nadie se acerca, y, sobre todo, un atractivo, una gracia que no buscan. La gracia es aquí cosa nacional y procede de esa delicadeza nativa que aborrece las incongruencias: nada de choques violentos; repugnan á su instinto; los evitan en las obras de gusto como en las obras de reflexión; quieren que los sentimientos, como las ideas, se enlacen, sin chocarse. Llevan á todo ese espíritu mesurado, delicado por excelencia (1). En un asunto triste, se guardan de extremar el sentimiento hasta lo último: evitan las expresiones melodramáticas. Recordad cómo cuenta Joinville en seis líneas el fin de un pobre sacerdote enfermo que quiso acabar de celebrar la misa, y «oncques puis ne chanta et mourut». Abrid un misterio, el de Teófila, el de la reina de Hungría: cuando quieren quemarla con su hijo, dice dos versos sobre «aquel dulce rocío tan puro y tan inocente»; nada más. Tomad un *fabliau*, aun dramático: cuando el caballero penitente, que se ha impuesto la tarea de llenar un barril con sus lágri-

(1) *La Fontaine et ses Fables*, por H. Taine, pág. 15.

mas, muere al lado del ermitaño, no le pide más que un don supremo:

Que vous metéz vos bras sour mí,  
Si mourrai es bras mon ami.

¿Se puede expresar de una manera más sobria un sentimiento más conmovedor? Hay que decir de sus poesías lo que se dice de ciertos cuadros: eso está hecho con nada. ¿Hay algo en el mundo más delicadamente gracioso que los versos de Guillermo de Lorris? La alegoría envuelve las ideas para templar su exceso de luz; en torno del amante flotan figuras ideales, semitransparentes, luminosas aunque veladas, y le conducen entre todas las dulzuras de los sentimientos matizados hasta la rosa, «cuya suavidad llena toda la llanura». Esa delicadeza van tan lejos, que en Teobaldo de Champaña, en Carlos de Orleans, degenera en melindre, en ñoñería. En ellos todas las impresiones se atenúan: el perfume es tan débil, que apenas si se percibe á menudo; murmuran niñerías y lindezas, puestos de hinojos ante su dama; aman con cortesía y discreción; combinan en ingeniosos ramilletes las «palabras pintadas», todas las flores «del lenguaje fresco y primoroso»; saben anotar al paso los sentimientos fugitivos, la blanda melancolía, el vago ensueño; son tan elegantes, tan atildados, tan encantadores como los más deliciosos abates del siglo XVIII: tan propia es de la raza esa ligereza de mano, que al punto aperece, así bajo las armaduras y entre las mantanzas de la Edad Media, como entre las reverencias y los perfumados *douillettes* de la última corte. La encontraréis en su colorido lo mismo que en sus sentimientos. No les impresiona la magnificencia de la naturaleza; apenas ven más que los aspectos bonitos;



pintan la belleza de una mujer con un solo toque, puramente agradable, diciendo que «es más preciosa que la rosa de Mayo». No sienten esa alteración terrible, ese arrobamiento, esa postración súbita del corazón que delatan las poesías vecinas; dicen discretamente «que ella sonreía, lo cual la agraciaba mucho». Cuando están en vena descriptiva, añaden «que tenía aliento dulce y sabroso», y el cuerpo tan blanco «como la nieve en la rama, cuando acaba de caer». No pasan de ahí: la belleza les agrada, pero no los transporta. Gustan de gratas emociones; no están hechos para las emociones violentas. El profundo rejuvenecimiento de los seres, el aura tibia de la primavera que renueva y remueve todas las vidas, no les sugiere más que unos versitos risueños; notan de paso «que ya acabó el invierno, que florece el espino y la rosa»; y después se van á sus quehaceres. Lígera y fugaz alegría, como la que despierta uno de nuestros paisajes de Abril; el narrador ha mirado un instante el vapor de los riachuelos que sube en torno de los sauces, el risueño vapor que aprisiona la luz de la mañana, y después de canturrear un estribillo, vuelve á su cuento. Quiere divertirse: ese es su fuerte.

En la vida, como en la literatura, busca el recreo, no la voluptuosidad ni las emociones. Es vivo, y no voluptuoso; goloso, y no glotón. Toma el amor como un pasatiempo, no como una embriaguez. Es un fruto bonito que coge, gusta y deja. Y aun hay que añadir que lo mejor del fruto, á sus ojos, es ser un fruto vedado. Piensa en sus adentros que burla á un marido, «que engaña á una tirana, y cree ganar perdones con eso (1)». Quiere reirse: es su estado favorito, el fin y

(1) La Fontaine: *Contes*, Richard Minutolo.

el destino de su vida; y, sobre todo, quiere reirse á expensas de los demás. El verso corto de sus *fabliaux* salta y brinca como chico de escuela en libertad, al través de todas las cosas respetadas ó respetables, mofándose de la Iglesia, de las mujeres, de los grandes, de los frailes. Bromistas y zumbones, nuestros padres no escasean de materia ni de palabra para el caso; y tan natural es esto en ellos, que, sin cultura y en medio de las costumbres brutales, afinan tanto en la burla como los ingenios más sutiles. Tocan de soslayo lo ridículo, se burlan con mucha suavidad, y como inocentemente; su estilo es tan llano que al pronto engaña, y no se ve malicia en lo que dicen. Se los cree ingenuos; parece que no se curan de tal cosa; sólo una insinuación descubre la sonrisa imperceptible: se trata, por ejemplo, del asno, y le llaman arcipreste por su gravedad y su sotana de fieltro. Al término de la historia os sentís penetrados, sin saber cómo, del fino sentimiento de lo cómico.

No llaman á las cosas por su nombre, sobre todo en materia de amor; dejan que adivinéis: os juzgan tan vivos y perspicaces como ellos (1). Se ha podido escoger entre sus producciones, embellecer á veces, depurar quizá; pero sus primeros rasgos son incomparables. Cuando el zorro se acerca al cuervo para robarle el queso, empieza como un santurrón, piadosamente y con cautela, siguiendo las genealogías; le nombra á «su bondadoso padre, D. Rohart, que cantaba tan bien»; alaba su voz, que es «tan clara y tan pura». El zorro es un Scapin, un artista en invenciones, no un simple glotón; le gusta la trapacería por sí misma; sé

(1) Parler lui veut d'une besogne  
Où crois que peu conquerrerois  
Si la besogne vous nommois.



goza en su superioridad; prolonga la burla. Cuando Tibert, el gato, se cuelga, por consejo suyo, de la cuerda de la campana, queriendo tocar, explana la ironía, la gusta y la saborea: parece impacientarse contra el pobre necio á quien ha cogido en el garlito, le llama orgulloso, se queja de que el otro no le responda, de que quiera subirse á las nubes é ir en busca de los santos. Y así es, desde el principio hasta el fin, esa larga epopeya: no cesa la burla, ni deja de ser agradable. El zorro tiene tanto ingenio, que todo se le perdona. La comezón de reir es la característica nacional, y tan privativa, que á los extranjeros los desorienta y asombra. Ese placer no se parece en nada al gozo físico, que es despreciable, porque es grosero. El, al contrario, aguza la inteligencia, y permite descubrir muchas ideas delicadas ó escabrosas; los *fabliaux* están llenos de verdades sobre el hombre y más aún sobre la mujer, sobre las condiciones humildes y más aún sobre las elevadas; es una manera de filosofar á hurtadillas y atrevidamente, á despecho de todo convencionalismo y contra todo poder. Ese gusto tampoco tiene nada de común con la verdadera sátira, que es repulsiva, porque es cruel; al contrario, provoca el buen humor; se ve pronto que el bromista no es malo, que no quiere herir; si pica, es como una abeja sin veneno; un minuto después no piensa en tal cosa; en caso preciso, se tomará á sí propio por objeto de burla; todo lo que desea es alimentar en sí mismo y en nosotros una ebullición de ideas agradables. ¿No veis aquí y de antemano la cifra y compendio de toda la literatura francesa; la impotencia de la alta poesía, la perfección súbita y durable de la prosa, la excelencia de todos los géneros que tocan á la conversación y á la elocuencia; el reinado y la tiranía del gusto y el método;

el arte y la teoría del desarrollo y de la coordinación; el don de ser mesurados, claros, entretenidos y atractivos? Cómo se ordenan las ideas, he ahí lo que hemos enseñado á Europa; cuáles son las ideas atractivas, he ahí lo que hemos mostrado á Europa; y he ahí lo que nuestros franceses del siglo XI van á enseñar á sus sajones, durante quinientos años, á lanzadas, á palos y á palmetazos.

## IV

Fijaos, pues, en ese francés, normando, angevino ó manseño, que con su cota de malla bien cerrada, con su espada y su lanza, ha ido á Inglaterra en busca de fortuna. Haciéndose dueño de la hacienda de algún sajón que perdió la vida, se ha establecido allí con sus soldados y sus camaradas, dándoles tierras, casas y peajes, á cargo de combatir bajo él y por él, como hombres de armas, mariscales y abanderados: es una liga en previsión del peligro. En efecto; están en país enemigo y conquistado, y necesitan sostenerse. Cada cual se ha construido un lugar de refugio, un castillo ó fortaleza (1) bien parapetada, de sólidas piedras, con ventanas angostas, con almenas, guarnecida de soldados y provista de troneras. Después han ido á Salisbury hasta sesenta mil, todos poseedores de tierras, con los recursos suficientes para tener un caballo ó una armadura completa; allí, poniendo su mano en la

(1) A la muerte del rey Esteban había mil ciento quince castillos.